

No publicado

Atrapado entre la aversión y la atracción, indeciso entre lo centrípeto y lo centrífugo, el televidente permaneció extático ante la pantalla de la televisión, deglutiendo un programa en directo de género infumable. Un personaje que, supuestamente, debía de ser alguien conocido por sus actividades pélvicas, estaba exhibiendo muy gustosamente su privacidad a cambio de una suma apetecible de euros. Unos periodistas, o así se autodenominaban, le increpaban a gritos simultáneamente. A simple vista se trataba de dirimir y juzgar si el personaje mentía o decía la verdad sobre alguna actividad perversa. Los supuestos periodistas se erigían en jueces encolerizados de la conducta de la persona desnudada.

Temor al contagio.

Por un momento pensó que si seguía consumiendo pasivamente lo que vomitaba la pantalla, acabaría hablando solo, monologaría machaconamente, perdería la corrección del lenguaje por imitación, chillaría para que el otro callara y le diera la razón y llegaría a las manos, si fuera el caso, para corroborar sus asertos. Sintió que tenía que protegerse de esa agresión. Si la comunicación de masas se había transformado en eso, se quería desprender de las masas.

Si a eso llamaban comunicación y, si era cierto que eso correspondía al gusto mayoritario de los televidentes españoles, este país no era para él, pensó.

Pero la cosa no acababa ahí, mientras se desarrollaba aquél circo, aparecían en la pantalla unos mensajes escritos a modo de mensajes de móvil en los que las palabras se escribían según sonaban. Nunca antes se había usado tanto la letra “k” en el idioma castellano.

Información valiosa.

El fugaz espectador acababa de llegar a España de una estancia medianamente larga en el extranjero. No sabía quién era el entrevistado ni entendía cuál era la razón de tanto alboroto ni curiosidad. El interpelado mostraba dificultades evidentes para articular un lenguaje presentable. Los entrevistadores no le iban a la zaga: “¿fuistes a Madrid?”

Con el fin de empaparse de la actualidad española, se le ocurrió preguntar a alguien conocido quién era Yola Berrocal. Le contestaron que era la ex del ex de alguien que se suponía que debiera conocer. A pesar de poner todo su empeño se quedó en las mismas. Ni siquiera conocía el “personaje” de origen. Pensó que durante su estancia en el extranjero se había perdido información valiosa.

Con el tiempo fue dándose cuenta de que el espectáculo televisivo continuaba en las calles. El modo de expresarse, los temas de conversación, la escritura del correo electrónico, todos los ámbitos de lo coloquial estaban inspirados por el programa que se había emitido la noche anterior. Nunca se había sentido tan extraño en su propio país. Había perdido el tren de los últimos acontecimientos.

La realidad del “reality show”.

La confluencia de las apetencias de exhibicionistas (los personajes invitados) y “voyeurs” (los espectadores) parece explicar la gran aceptación de los programas televisivos que comentamos. Se le concede al espectador la oportunidad de acercarse al entrevistado proyectándose como madre, hermana, padre o él mismo, sin tener que arriesgar la pérdida de su privacidad, su dignidad y su auto respeto. La desmitificación sistemática de los actores de nuestra mitología nacional produce el efecto de franquear la brecha que separa espectador y personaje. Al ser productos de alto rendimiento y bajo consumo, no es de extrañar que estén destinados a reemplazar los culebrones tradicionales de más alto costo, protagonizados por personajes anónimos. Las leyes del mercado son implacables.